

El Miedo Toma la Ciudad

Luis de la Barra Solórzano

Todos podemos ser asaltados: ésta es una convicción compartida por todos.

A mí me gusta caminar en la noche, después de la merienda, aspirar el aire nocturno, reflexionar en los sucesos del día, escrutar en la bola de cristal de la mente los de la jornada próxima, soñar despierto antes del sueño *strictu sensu*. Ese placer empecé a disfrutarlo de niño. Ahora está lleno de riesgos. Renunciar a la caminata nocturnal es aceptar un gol en contra en el marcador que refleja la calidad de la vida.

Más angustiada debe ser la zozobra del obrero el día de cobro de su salario, ganado, como quiere el *Génesis*, con el sudor de su frente y de otras zonas de su cuerpo, al dirigirse a su vivienda. Esos pesos devaluadísimos le son indispensables para vivir, para sostener a su familia, que cada día conoce una disminución, al alimentarse, en la cantidad de proteínas, vitaminas y minerales. ¿Y qué decir de la mujer que tiene que dirigirse en la oscuridad a su casa? Un indeseado encuentro puede quebrantar su vida para siempre.

¿Cómo es que hemos llegado a una situación que hace unos cuantos años -seis, ocho resultaba impensable?

La caída del salario a partir de 1983 -en términos de poder adquisitivo es del 40%. Este brutal descenso se ha dado en condiciones particularmente desfavorables ya que, además del agudo proceso inflacionario que se ha vivido en este régimen, la quiebra de las finanzas públicas ha implicado una restricción sin precedente de subsidios, transferencias y gasto social del Estado.

La Comisión Nacional de Salarios Mínimos ha calculado que 25 mil 465 pesos diarios sólo alcanzan para alimentación y otros pocos servicios elementales. El salario mínimo es apenas de ocho mil pesos diarios.

Con todo, un salario es un salario, por exiguo que sea. El mayor drama es el de los desempleados, que en este sexenio se han multiplicado.

Si en una cara de la moneda la inflación y la especulación han enriquecido a quienes ya eran ricos,

en la otra cara la pobreza presupuestal del Estado ha impedido que el gasto social aplique parte del ingreso nacional en los sectores menos favorecidos de la población. Al aumento de privilegios y desigualdades y al empobrecimiento general de la población ha conducido la política económica del gobierno de Miguel de la Madrid.

Vivir al día, con los salarios del miedo que se la han impuesto a la clase trabajadora, es cada vez más complicado. De diciembre de 1987 a mayo de 1988 el aumento salarial ha sido del 23.6%. En cambio, alimentos, bebidas y tabaco han subido un 38%; ropa, calzado y accesorios, un 39%; vivienda, 40%; muebles y aparatos domésticos, 40%; salud y cuidado personal, 38%; transporte, 29%; educación y esparcimiento, 40%; otros servicios, 42%⁽¹⁾.

Esta situación debiera hacer evidente que el desastre electoral del PRI el pasado 6 de julio no se debió a prédicas de académicos con o sin cubículo o a especuladores de café, sino a un descontento de una población que parece sobrarle al proyecto económico gubernamental.

Para fin de milenio -sólo falta una docena de años y, ¡ay!, el tiempo vuela-, de no haber de aquí a entonces un cambio sustancial en la conducción del país, el 10% de los mexicanos de mayores ingresos será cuarenta veces más rico que el 10% más pobre, con lo que la diferencia en el lapso de medio siglo se habrá más que duplicado. Los más ricos eran, en relación con los más pobres, 18 veces más ricos en 1950, 27 veces en 1970 y 36 veces en 1986⁽²⁾.

Un sector considerable de la población se encuentra semiasfixiado por la miseria. Curiosamente, en el documento "ejecutivo" denominado "Seguridad pública y prevención social", del IEPES del PRI (1988) no considera ni a la pobreza ni a la desigualdad como factores criminógenos entre los once "factores incidentes en la conducta delictiva" que enumera.

1 Fuente: Banco de México. 2

2 Ana Irene Solórzano, Irene Martínez, Antonio Alonso: "Foro México 2010. Escenario base común". Mimeo, México, Fundación Barros Sierra Ac, septiembre de 1985; tabla 13.

El deterioro de las condiciones de vida de la inmensa mayoría de la población mexicana constituye un cuadro intolerable de violencia que, si bien tiene que ver con la situación internacional, no es en modo alguno ajena al sistema socioeconómico impuesto en nuestro país y, particularmente, a las decisiones adoptadas en los últimos años por la élite gobernante.

El aumento de la criminalidad de índole patrimonial parece ser, en buena medida, una respuesta a esa realidad. Hay datos que permiten afirmar que el robo es el delito que simboliza la crisis y la manera en que se ha *administrado*. En 1982 hubo cerca de cuarenta y cuatro mil robos denunciados en el Distrito Federal. En 1984 fueron más de setenta y tres mil. El incremento de la criminalidad en jóvenes menores de 18 años -que no sólo sufren las penurias económicas a que se hace referencia, sino que ven disminuidas sus posibilidades de continuar sus estudios será de 50% en delitos patrimoniales, según se calcula prospectivamente, para el año 2000⁽³⁾.

Un fantasma recorre las calles ciudadanas: el fantasma del asalto. Las estadísticas indican que en el Distrito Federal -uno de los círculos del infierno no descritos por Dante se denuncian 278 robos diarios, es decir, ¡un robo cada cinco minutos! Otros muchos robos, quizá la mayoría, quedan sin denunciarse ante la sospecha o la certeza de que denunciarlos es inútil.

Nuestra sociedad no ofrece trabajo a los jóvenes (salvo a un sector minoritario) y, en cambio, sus medios de comunicación les machacan la idea de que el éxito en la vida se mide por las fiestas a las que se asiste, las vacaciones que se disfrutan, las modas que se visten, los automóviles y las casas que se poseen, las mujeres que se conquistan. Los adolescentes de los barrios marginados van cerradas las puertas hacia esos *satisfactores* hoy más que nunca. Eso hace que muchos de ellos puedan resultar temibles. Como *El Jairo* de *Los Olvidados* de Buñuel, pero en época de crisis.

De 1985 a 1986, el delito de robo se incrementó en 32%. De acuerdo con estimaciones del Consejo Nacional de Población, los habitantes del Distrito Federal aumentamos 1.1% en el lapso 1986-1987. Se estima que el aumento de la criminalidad fue notablemente más alto: 10.3%.

La cifra de robos denunciados en 1987 fue superior en casi 10,000 a la del año anterior.

No se requiere una imaginación privilegiada para intuir que una buena parte de los autores de los robos denunciados en 1987 -101,000-son desempleados y sub-empleados.

En el Distrito Federal, entre 70 y 100 automóviles son robados diariamente, en un tercio de casos por asaltos.

El 90.6% de los delitos cometidos en 1987 en el Distrito Federal quedarán impunes. Previsiones de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal

indican que 154,598 autores de delitos lograrán evadir la acción de la justicia, en el 68% de los casos porque se presentará la denuncia *contra quien resulte responsable* y nunca se determinará la identidad del autor del delito, y en el 32% porque a pesar de tenerlo identificado la policía judicial no logrará detener al autor del delito. Sólo uno de cada diez presuntos delincuentes será detenido. Durante 1987 la policía judicial del Distrito Federal únicamente concluyó 23% de las investigaciones que le fueron ordenadas y, por tanto, dejó de resolver 77 de cada 100 casos⁽⁴⁾.

Una de las manifestaciones íntimas de la crisis es la idea de que llegar a casa es un riesgo, de que salir es un peligro; el conocimiento de que los asaltantes no sólo entran a los hogares cuando nadie está ahí sino que llaman a las puertas y obligan a los moradores a entregarles su dinero y sus objetos de valor. Tener una pistola en casa puede resultar contraproducente: si no se usa con eficacia los asaltantes pueden llegar a matar al morador, al percatarse de la existencia del arma.

Los comercios han acortado sus horarios. Muchas tiendas han clausurado sus puertas y realizan las ventas a través de rejillas de seguridad.

Antes sabíamos de asaltos únicamente por las noticias. Ahora se va cerrando el círculo de los personajes que, como víctimas, protagonizan episodios de esa índole. Todos tenemos alguna tía que fue asaltada en su departamento, algún amigo que en la vía pública fue semidesnudado, algún vecino que en un restaurante fue privado de su cartera -y, por supuesto, de su apetito mientras degustaba un platillo, algún primo al que se le despojó de su saco ante una multitud paralizada por el terror en una estación del metro, algún compañero en cuya presencia fue robado su automóvil. O nosotros mismos hemos sido asaltados y no nos consuela saber que ya tenemos algo interesante que contar a nuestros nietos.

Por lo menos, los vampiros -cuando existían podían ser combatidos con espejos, determinadas plantas, una estaca en el corazón, el degollamiento, los ajos, los crucifijos, la luz del sol, una bala de plata. En cambio, ¿cómo exorcizar la criminalidad? A partir de que la negra noche tiende su manto, cualquier transeúnte puede ser un siniestro asaltante que nos puede quitar la cartera, la ropa, la vida. Caras vemos, corazones estragados por la crisis no sabemos.

Por supuesto, no toda la criminalidad se explica por los efectos sociales de la crisis. Es el caso del hampa organizada de asaltabancos, del narcotráfico o de los delitos cometidos desde las casas de bolsa. Pero sin duda una parte de las conductas antisociales están motivadas por la dura realidad que vivimos. En nuestras circunstancias no es mucho lo que la policía puede lograr para abatir la criminalidad. Sobre todo cuando esa policía es ineficaz y una porción importante de sus miembros se dedica a la delincuencia, la facilitita o la encumbre.

3 *La Jomada*, 20 de julio de 1987.

4 *La Jomada*, 17 y 18 de noviembre de 1987.